



Dionisio Garzón

El Muro de Berlín

Final de una época
histórica

El muro de Berlín. Final de una épocaGarzón,
histórica (Estudios) (Spanish Edition) Dionisio

DIONISIO GARZÓN

El muro de Berlin. Final de una épocaGarzón,
histórica (Estudios) (Spanish Edition) Dionisio

EL MURO DE BERLÍN

Final de una época histórica

Marcial Pons Historia

Prólogo

Berlín, hoy la tercera ciudad más visitada de la Unión Europea, en comparación con otras capitales de Europa, es una ciudad relativamente moderna, de algo más de 750 años, casi diríamos «de anteaer». Roma, Londres, París... son ciudades milenarias que se glorian de su larga historia. Roma es dos mil años más antigua que Berlín. En 1937, un año después de los juegos olímpicos, Berlín celebró ostentosamente el 700 aniversario de su fundación. Un cumpleaños de juventud.

Marcada por su carácter internacional, el visitante queda sorprendido al comprobar que la grandiosa plaza central, corazón de Berlín, parece plasmar histórica y arquitectónicamente (caso único en Europa) las conexiones internacionales de Alemania. Ya en el nombre de la plaza, «Pariser Platz» (Plaza de París) ya en los impresionantes edificios en sus diversos ángulos: embajadas de Rusia, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Esta última, aunque el edificio desde hace años pertenecía al gobierno americano y en él tenía actividades, se instaló oficialmente en ese lugar en la primavera de 2008.

Aunque no se haya pretendido así, esta plaza parece reflejar lo que fue Alemania durante la Guerra Fría, una nación dividida en cuatro zonas, y lo que fue Berlín, una ciudad dividida en cuatro sectores.

Como si algunos de estos países quisieran subrayar más su presencia, en la misma plaza hay también un «museo de los Kennedy» (y muy cerca del mismo hay, ¡no faltaba más!,

un Starbucks café). Por su parte, Rusia cuenta igualmente, muy cerca de la plaza, en la avenida 17 de Junio, con un gran «Monumento al Soldado Ruso» y la segunda plaza más importante de Berlín lleva por nombre «Alexander Platz» en honor al zar ruso Alejandro I. Las dos grandes potencias de la Guerra Fría están bien representadas en el corazón de Berlín.

En este marco está la puerta de Brandeburgo, símbolo de la historia de Prusia y Alemania. Por ella, bajo los grandes arcos, pasó a caballo un Napoleón victorioso y hubo grandes desfiles militares o políticos de una Alemania triunfante en los días del nazismo o de las potencias triunfadoras en la Segunda Guerra Mundial.

Frente a ella, el presidente americano Ronald Reagan clamaría en un famoso discurso: «Señor Gorbachov, ¡Abra esta puerta!, Señor Gorbachov, ¡Derrumbe ese muro!». Al actual presidente americano Obama, durante su campaña electoral en Berlín, no le fue permitido por el gobierno alemán hablar desde allí, como él pretendía, porque no era presidente de los Estados Unidos. Era solamente candidato a la presidencia y tuvo que hacer su intervención en otro lugar público.

En su «corta» historia, Berlín ha sido una ciudad dinámica y cambiante; reflejo, como promotora o como víctima, de las perturbaciones políticas que han sacudido la época moderna europea e internacional.

El muro, que durante más de veintiocho años dividió la ciudad, fue el resonador y el símbolo de las tensiones entre dos utopías con el trasfondo de la bomba atómica: la época tensa de la Guerra Fría que concluyó cuando el muro fue derruido.

Por otra parte, en tiempos de aviación, misiles y artillería de gran alcance, de radio, televisión y líneas telefónicas, un muro, que pretende dividir y aislar comunidades humanas como las murallas de las ciudades medievales y de la edad antigua, como un trozo de muralla china en Europa, parece

un anacronismo inútil. Sin embargo, fue eficaz y desgarró una ciudad, creando graves problemas humanos y familiares, con 126 víctimas mortales, 130 personas heridas de gravedad al intentar cruzarlo y tensiones internacionales.

Pero un día, de forma inesperada, sin tiros, sin violencia..., ¡al sonido de las trompetas!, cayó como el muro bíblico de Jericó.

En las páginas que siguen presentamos la historia de ese muro, como un capítulo dentro de la historia —tensa y dramática, cultural y brillante— de la ciudad de Berlín.

Introducción

Berlín, capital del imperio de los mil años

En el año 2008 se abrió al público en Berlín, en un local céntrico no lejos de la Puerta de Brandeburgo, una exposición, «Germania» en la que se presentaban las maquetas de majestuosas edificaciones con que se proyectaba remodelar todo el amplio centro de la ciudad en los comienzos de la era hitleriana. Una gran avenida de cinco kilómetros de Este a Oeste y otra de Norte a Sur y un complejo de calzadas intermedias. En sus aceras un equilibrado conjunto de grandiosos edificios gubernamentales, administrativos, culturales y hoteleros. Se quería superar en grandiosidad y belleza los centros arquitectónicos mundiales: París (Campos Elíseos, Arco de Triunfo), Roma (Vaticano, Panteón), Viena...

En el eje central destacaba un pabellón circular de dimensiones faraónicas, «diecisiete veces» mayor que el Vaticano y en el que podrían caber entre 150.000 y 180.000 personas. La cúpula tendría 290 metros de altura.

Se proyectaba una gran avenida, similar a los Campos Elíseos de París, que tuviera dos veces y media la longitud del original parisino¹.

La presentación original de estas maquetas al entonces jefe del Estado, Adolfo Hitler, tuvo lugar en el año 1938 y, según los proyectos, la parte básica de las obras estaría terminada doce años más tarde, en 1950.

Todo ello sería el centro digno de la capital del gran imperio mundial imaginario que se proyectaba. Sueños de

aquel hombre fanático.

El autor del proyecto y las maquetas, bajo inspiración directa de Hitler, era un joven e inteligente arquitecto: Albert Speer. Hitler era un buen diseñador, había estudiado con detalle los planos y edificios importantes de ciudades como París y Viena. Hubiera querido ser arquitecto y veía en el joven y genial Speer casi un hijo suyo o la realización de lo que él hubiera querido ser. En 1937 lo nombró, por encima de las competencias municipales del alcalde, «inspector general de edificación de la capital del Reich» y más tarde, durante la guerra, ministro de Armamento y Producción Bélica.

El gran imperio «Germania» y los proyectos faraónicos de arquitectura para la capital del Reich fueron un sueño pero tuvieron unos comienzos reales. Militarmente, gran parte de Europa, incluyendo Francia, Bélgica, Holanda, y países del este y gran parte de Rusia y de Polonia estaban bajo el Reich, además de Italia que se había adherido a la causa.

De hecho empezaron a realizar obras y en 1939 se derribaron muchos edificios para lograr espacio libre en las proximidades del Reichstag, efectuándose prospecciones del suelo e iniciando algunas construcciones.

A la idea urbanizadora de Hitler, algunos urbanistas, estudiosos del proyecto, han objetado una desventaja considerable: tenía poco en cuenta la estructura de una ciudad de cuatro millones de habitantes. Un centro urbano de tales proporciones y de tal naturaleza hubiera requerido un reordenamiento de toda la ciudad.

Nos deslumbran y ofuscan la vista los contrastes y paradojas de la historia cuando comparamos esos sueños irreales del gran imperio de los mil años y su capital con la derrota y rendición, sin condiciones, en 1945, y el aspecto de su antes pretenciosa capital: un Berlín bombardeado, casi todo escombros y ruinas, el 40 por ciento de sus viviendas destruidas y la población diezmada.

Speer, el admirado arquitecto, escribe en sus memorias que en 1945 decidió asesinar a su *führer*:

«iba pensando en la forma de procurarme el gas venenoso que necesitaba para quitar de en medio al hombre que, pese a nuestras desavenencias, aún me apreciaba y era más indulgente conmigo que con cualquier otro... Durante mis paseos por el parque de la cancillería me fijé en el conducto de ventilación del búnker de Hitler. El orificio de entrada se encontraba a ras de suelo, entre unos matorrales protegido por una fina rejilla. El aire pasaba a través de un filtro. Un filtro que, como todos los demás, era ineficaz contra nuestro gas venenoso tabún»2.

Hizo intentos para conseguir el gas y, durante sus gestiones, un día advirtió que se había construido una chimenea de tres metros de altura que dejaba el orificio fuera de alcance. «Me sentí como si me hubieran golpeado en la cabeza». Aquel plan concreto se había frustrado. Herman Giesler, también arquitecto y rival de Speer, dice con mordaz ironía: «El segundo hombre más poderoso de Alemania no podía conseguir una escalera».

Albert Speer estuvo entre los acusados en el tribunal de Núremberg y fue condenado a veinte años de prisión. En la cárcel de Spandau escribió un libro de memorias. Se presenta como un «técnico» y, en realidad, aunque tenía una estrecha relación amistosa y profesional con Hitler nunca fue un hombre con un papel significativo en el partido. Los historiadores reconocen que fue uno de los pocos que tuvo el coraje de decirle a Hitler que la guerra estaba perdida y desobedeció la loca orden de «tierra calcinada».

El muro de Berlin. Final de una épocaGarzón,
histórica (Estudios) (Spanish Edition) Dionisio

PRIMERA PARTE PRECEDENTES HISTÓRICOS DEL MURO

1

Moscú y Washington se disputan Berlín

«Quien domina Berlín domina Alemania y quien domina Alemania domina Europa».

Carlos Marx.

Los aliados deciden: unidad de Alemania

Antes de concluir la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), los dirigentes de las potencias aliadas (Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña...) empezaron a plantearse el futuro de una Alemania vencida en el contexto europeo e internacional.

¿Cómo afrontar el futuro político, administrativo, militar de ese país? Había que impedir que esa potente nación, en el centro de Europa, fuese un peligro económico por razón de su potencia industrial. Y había que impedir que fuera un peligro político, con ideología radical, capaz de iniciar guerras de agresión.

En varias conferencias internacionales se afrontó el tema. En la Conferencia de Teherán (hoy capital de Irán, entonces Persia) en noviembre de 1943, se reunieron, por vez primera, los tres grandes: Roosevelt, Churchill y Stalin. Cada uno de ellos, tras una larga y sólida carrera política, tenía el mando supremo indiscutible en sus respectivos países. Y los tres eran conscientes de su influencia y

responsabilidad en la vida internacional en esos momentos graves de la Segunda Guerra Mundial.

Dos de ellos eran aristócratas. Franklin D. Roosevelt, de una familia de terratenientes del Estado de Nueva York, realizó de joven varios viajes a Europa; estudió, entre otros centros, en la Universidad de Harvard, y, en esa época, un miembro de su familia, Theodore Roosevelt, fue elegido presidente de Estados Unidos. Tuvo el coraje moral y físico de soportar una poliomielitis progresiva desde los treinta y dos años que no le impidió, atado a una silla de ruedas, ser gobernador de Nueva York y ganar cuatro veces las elecciones presidenciales.

Winston Churchill, miembro de una familia aristocrática inglesa, hijo de madre americana, desde joven realizó viajes profesionales por varios continentes. De fina intuición política y excelente dominio, como escritor y como orador, de la lengua inglesa, con el tiempo sería premio Nobel de literatura.

Stalin, nacido en Gori (Georgia), región periférica en la Rusia de los zares donde no se hablaba ruso, era de familia modesta (hijo de un zapatero) y, gracias a su madre que trabajaba en el servicio doméstico de una familia pudiente, logró ingresar en la escuela y en el seminario. Pero el joven y modesto alumno no tardó en llamar la atención de profesores y compañeros. Era el primero de la clase, aprendió pronto el ruso y, a los dieciséis años, publicó algunas poesías en una revista escolar.

En Teherán no se sentía, ni en lo personal ni en lo político, inferior a sus colegas. Diplomáticos y altos políticos extranjeros que lo trataron hablan de su inteligencia y cortesía en los contactos con ellos. Averell Harriman, que fue embajador americano en Moscú en años críticos de la guerra y posguerra, escribió de él:

«Para mí, Stalin sigue siendo el personaje más inescrutable y contradictorio que he conocido. Le hallé mejor informado que Roosevelt, más realista que Churchill y, en ciertos sentidos, el más capaz de los líderes de la contienda. Y al mismo tiempo era, como se sabe, un tirano y asesino... Me cuesta conciliar la cortesía y la consideración que siempre me demostró personalmente con la espantosa crueldad de sus liquidaciones a gran escala».

Y sobre la Conferencia de Yalta, el diplomático inglés Alexander Cadogan anotó: «En especial Joe [Stalin] ha estado muy bien. Es de veras un hombre grande y causa fuerte impresión, en contraste con los otros dos, que son unos estadistas pero al borde de la ancianidad».

Sobre la compleja personalidad de Stalin, que ha sido estudiada en tantos libros de historiadores y analistas, citaré tan sólo a dos políticos de entre sus más cercanos colaboradores. Andrei Gromiko, durante muchos años embajador y ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética escribió en sus memorias:

«Sería falso considerar solamente su aspecto positivo pues era una figura trágicamente contradictoria. Por un lado, era una mente poderosa, un tenaz y firme dirigente revolucionario que, al mismo tiempo, tenía la capacidad de lograr acuerdos con nuestros aliados en la guerra. Por otra parte, era un hombre duro que, para obtener sus objetivos, no se detenía ante los costes humanos y creó una maquinaria estatal arbitraria que supuso la muerte de innumerables ciudadanos soviéticos».

El sucesor de Stalin al frente de la Unión Soviética, Nikita Kruschev, en el XX Congreso del Partido Comunista

en 1956, lanzó sus baterías contra la persona y la política del que había sido su predecesor. Entre otras muchas cosas en su largo discurso dijo: «En aquella situación yo hablaba con frecuencia con Nicolai Bulganin. Una vez íbamos los dos en el coche y me dijo: “Puede suceder que uno acepta una invitación amistosa de Stalin y, cuando está hablando con él, no sabe si al final será enviado a su casa o a la cárcel”».

El imperio se derrumba

Los tres grandes confiaban, con fundamento, en la victoria. El 2 de febrero de 1943 había concluido la batalla de Stalingrado, una de las más sangrientas en la historia de la humanidad, con bajas estimadas entre 1.640.000 1.800.000 personas¹.

La batalla de Stalingrado fue el momento crucial, el punto de no retorno, en aquella guerra que había comenzado con las fulgurantes victorias de la Alemania de Hitler en Polonia (1 de septiembre de 1939), Francia, Bélgica y Holanda. Después siguió la ambiciosa pretensión de conquistar el inmenso territorio de la Rusia Soviética (operación *Bar baroja*), con las tropas dirigidas a tres objetivos: Leningrado (hoy San Petesburgo) en el Este, Moscú en la zona central y Stalingrado (hoy Volgogrado) en el Oeste.

Demasiadas ambiciones. Hitler y sus asesores (a los que muchas veces no escuchaba) no tuvieron en cuenta la potencia industrial y bélica de Estados Unidos que, por la ley de «préstamo y arriendo», enviaba a través de Alaska, sobre todo desde Anchorage, grandes cantidades de material bélico (camiones, tanques, aviones...) a las fuerzas soviéticas.

Napoleón, un siglo antes, en otra aventura fantasiosa similar, al menos pudo entrar personalmente en Moscú. Hitler, quien, refiriéndose a Estados Unidos, en una ocasión había dicho «¿qué se puede esperar de un país que tiene por presidente a un lisiado que está en una silla de ruedas?», nunca pudo poner su pie en la capital soviética.

Stalingrado era una gran urbe industrial que se extendía a lo largo de la orilla derecha (Oeste) del río Volga, importante nudo ferroviario en el tramo Moscú-Mar Negro y la puerta de entrada a la rica región petrolera del Cáucaso.

En el verano de 1942, el poderoso sexto ejército alemán, a cuyo frente estaba el general Friedrich von Paulus, había hecho grandes avances hasta el punto que, en septiembre, pudieron atacar la zona urbana y lo hicieron con tal rapidez y sorpresa que los soviéticos perdieron casi el 80 por ciento de la ciudad en menos de dos semanas. Hitler ya la daba por conquistada.

Pero Moscú envió grandes contingentes de tropas que tenía en reserva y la lucha se convirtió en una guerra encarnizada, casa por casa, fábrica por fábrica, con gran cantidad de bajas por ambas partes y dificultades de abastecimiento de armas o alimentos y ropa, una vez entrado el invierno. La gran ofensiva rusa logró, por fin, cercar al sexto ejército alemán.

Aunque la situación de las fuerzas alemanas empezaba a ser desesperada, Hitler no quiso dar libertad de acción a Paulus, que optaba por retirarse ya que escaseaba la munición y otros recursos y fallaban las esperadas ayudas por aire. Y se le ordenó resistir a cualquier precio.

Hitler ascendió a Paulus al grado de mariscal de campo el día 30 de enero de 1943 (tres días antes del final de aquella batalla) insinuando que ningún mariscal alemán se había rendido al enemigo. Entre la muerte por una causa en la que creía a medias y una transacción con el enemigo que podía favorecer el destino de tantos miles de soldados,